

El Adelanto

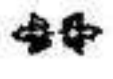
En Salamanca, un mes. 1'25
Fuera de idem, idem. 1'50

Anuncios y otros insertos, precios convencionales.—No se devuelven los originales

PAGO ANTICIPADO

Número atrasado 10 cts. pts.

La correspondencia literaria, se dirigirá al Director, calle Ramos del Manzano, número 42.
La correspondencia administrativa, anuncios y reclamaciones, al administrador, Plaza del Corriño, número 28.



Número suelto 5 céntimos

DIARIO POLITICO DE SALAMANCA

EPOCA 2ª

Jueves 6 de Octubre de 1892

Año VIII—Nº 1902

CLÍNICA ESPECIAL

DE ENFERMEDADES DE LOS OJOS

D. CAYO ALVARADO

Profesor libre de Oftalmología, Médico oculista honorario de los establecimientos de Beneficencia Municipal y Provincial de Salamanca

Horas de consulta: mañana de ONCE a UNA, tarde de TRES a CINCO.

—d—31

Para estudiantes

Casa de huéspedes, propia para estudiantes; buen trato y economía. En la librería del señor Galón darán razón.—d—12

El gabinete de consulta para enfermos de los ojos, a cargo del Médico-oculista don Antolín Barrasa, se ha trasladado a la calle de Zamora, número 4, frente al Casio de Salamanca.

Horas de consulta: Todos los días, desde las DIEZ de la mañana a UNA de la tarde. Calle de Zamora, número 4.—d—150

Establecimiento y taller de construcción de sillero y guarnicionero de la viuda e hijo de Cárdenas, antigua y acreditada casa, San Pablo, 15, Salamanca.—d—47

Se arrienda y traspasa la acreditada tahona de la viuda de Peramato, en cuyo domicilio se hará saber el precio y condiciones.—d—52

CLÍNICA DE ENFERMEDADES DE LA MUJER
MATRIZ, OVARIOS, VAGINA, ETC.

dirigida por el médico especialista

Don Celestino M. de Argenta

Profesor libre de Ginecología

Horas de consulta: Mañana de NUEVE a DOCE. Tarde de TRES a CINCO.

Consuelo, 14, principal, Salamanca—d—29

Se arrienda la casa número 7 de la plazuela de San Justo. Dará razón don Antonio de Soís, calle de Zamora, número 37.—d—9

LA NUEVA PLAZA DE TOROS

La madre amorosa que no abandona un solo instante al hijo de sus entrañas; el cuidadoso jardinero que ve la uno y otro día por las plantas, a cuyo cultivo se consagra; el maestro de obras que sigue sin intermitencias los adelantos de la construcción que dirige; todos los que asisten sin discontinuidad a la forzosamente lenta evolución de un organismo cualquiera, niño ó planta, sociedad ó edificio, apenas pueden darse cuenta de los progresos realizados en ese organismo por la proximidad en que se hallan las varias fases por que atraviesa en su desarrollo. Dejad en cambio de ver a un niño algunos meses, a una planta algunos días, a un edificio algunas semanas, y el contraste del estado antiguo con el nuevo, no podrá menos de sorprenderos; el niño, que estaba

mamando cuando lo dejásteis, sabe balbucear vuestro nombre, y os sale al encuentro sin auxilio de andadores; la planta, que apenas sobresalía de la tierra, muestra sus rozagantes tallos cubiertos de vistosas flores; el edificio, que apenas salía de cimientos, tiende a los cuatro vientos sus frescas fachadas, atrayéndoos con su aire juvenil.

Un efecto semejante a estos es el que yo he sentido al volver a Salamanca y comparar su estado actual con el de hace tres años en que la dejé. La dejé alumbrada por petróleo, y la encuentro resplandeciente de la luz por la electricidad; la dejé con el apoplético *cul de sac* de la calle la Rua, y encuentro tan importante arteria desembarazada de obstáculos para que por ella circule la más oxihidrogenada sangre de la población; la dejé con su sucio y anacrónico matadero del Arrabal, y la encuentro con su elegante matadero a la moderna; dejé en ruinas el betusto palacio episcopal y la legendaria parroquia de San Mateo, y encuentro remozado el uno y transformada en vistosa capilla románica la otra; dejé apenas comenzadas las obras del ferrocarril transversal, de brillante porvenir, y encuentro la topografía oriental de los alrededores de la ciudad profundamente modificados por estas obras, que aquí salvan un camino con un viaducto, allí rompen una tierra con una trinchera, allá parten en dos la huerta de un convento y acullá saltan el Tormes en enrejado puente de vistosisima perspectiva.

Verdad es que el matadero podía haber sido emplazado en punto más conveniente y donde pudiera contar con abundancia de agua, económicamente obtenida, en la proximidad por ejemplo del depósito, al otro lado del río; cierto es que el palacio episcopal podía haber sido trazado con mejor gusto, sin el hibridismo de formas que le hace aparecer en la monumental Salamanca como exótica excrescencia de dudosa filiación artística; cierto también que la nueva parroquia de San Juan de Sahagún, a lo que puede juzgarse por la parte hasta ahora levantada, muestra sobrada esbeltez en sus estrechos huecos; exacto es que el paseo de la Alamedilla resulta raquítico en sus proporciones, y desprovisto de gusto en la disposición de sus elementos decorativos, amén de su pecado original de falta de perspectiva; y no menos exacto que el puente viaducto sobre el Tormes peca de sobrado estrecho para montar en él la doble vía que impone el forzoso desarrollo del tráfico en no lejano porvenir.

Pero ¿qué importa todo esto? También sigue Salamanca sin alcantarillado ni adoquinado y sin plan fijo en los trazados de calles; lo cual no obsta para que reconozcamos los grandes adelantos llevados a cabo, que nos permiten esperar confiadamente en otros no menos grandes y positivos que hagan que la ciudad del Tor-

mes reconquiste el puesto que hace siglos perdió entre las poblaciones de los antiguos reinos de León y de Castilla.

No son, sin embargo, las transformaciones indicadas las que más me han impresionado en mi última visita a mi ciudad natal, esa ciudad inolvidable que es madre amorosa para los hijos que se alejan de ella, y temible madrastra para los que viven en su regazo. Lo que más impresión me ha causado, porque representa toda una revolución en el espíritu de la ciudad, es... ¡la Nueva Plaza de Toros!

¿La Nueva Plaza? Sí... la Nueva Plaza de Toros. Y no es que yo sea idólatra ni siquiera entusiasta, ni siquiera tibio partidario del arte de Pepe-Hillo y de sus templos; no voy con gusto a una corrida sino cuando tengo la satisfacción de acompañar a un extranjero que nunca las ha visto, por recoger en toda su frescura las emociones que la lidia producen en su alma. La Nueva Plaza de Toros me ha producido más impresión que ninguna otra reforma de Salamanca, porque revela el despertar de lo que con más profundo sueño dormía en Salamanca; la iniciativa individual, la vigorosa afirmación de la vida real del pueblo contribuyente, enteramente independiente del estímulo oficial.

Es toda una revelación; es una revolución completa en Salamanca. Esos comerciantes, industriales y ganaderos salmantinos que presididos por don Fernando Iscar, con sus compañeros don José Martín Benito, don Luís Huebra, don Vicente García, don Eloy Clairac, don Lisardo Romero y don Raimundo Faure, se organizan en sociedad anónima, y rompiendo con rancias preocupaciones, comprenden que en los tiempos que atravesamos, la vida tiene exigencias imperiosas, que la industria y el comercio necesitan otro ambiente que el mezquino de la tienda y del taller, y que en esta tremenda lucha por la existencia, lo mismo el individuo que las colectividades están condenados a perecer si se quedan rezagados en el camino del progreso; esos comerciantes, industriales y ganaderos que comprendiendo todo esto, han desechado todo escrúpulo y han suscrito espontáneamente los miles de duros necesarios para la empresa, merecen sinceros y entusiastas aplausos. Poco importa que sea una plaza de toros, un teatro, un mercado ó un tranvía lo que les haya servido de base para dar fé de sus convicciones. Lo interesante es la existencia misma de esa iniciativa individual; que si hoy entiende que para atraer concurrencia a las ferias de la ciudad necesita una buena plaza de toros, mañana completará esa obra con la construcción de un buen teatro, y no tardará en persuadirse de que para luchar con ventaja con otras ciudades; atrayendo primero al forastero, y haciéndole después fijar su residencia, necesita ofrecerle todo género de

comodidades y atractivos, hermoseando sus calles, plazas y paseos, facilitando las comunicaciones con tranvías, amenizando los alrededores con quintas y arbolados, dotando a la población, en fin, de cuantos adelantos recomienda en higiene y ornato la complicada ciencia de la urbanización.

Confieso que cuando supe por la prensa que se había resuelto levantar por suscripción una nueva Plaza de Toros en Salamanca, no creí ni poco ni mucho en el éxito. Acostumbrado al raquitismo de miras, en que se ha inspirado en los modernos tiempos cuanto se ha intentado en Salamanca, no creí que el pensamiento siguiera adelante. Mi primera sorpresa, la mayor, porque todas las demás son consecuencia de esta, fué el resultado de la suscripción: 45.000 duros suscritos en unos días, de primera intención, eran ya seguros nuncios del éxito; la composición de la Junta directiva era sólida garantía de formalidad.

Temí entonces que tan prodigioso esfuerzo se estrellara en la mezquindad de algún proyecto de plaza elaborado a la ligera, sin gusto ni originalidad. Pero al contemplar los planos de la obra, autorizados por el ingeniero arquitecto profesor de la escuela de caminos D. Mariano Cardenera, con la competéntisima colaboración del ingeniero jefe de la provincia D. Gumersindo Canals; al encontrarme con una plaza de 87,90 metros de diámetro perimétrico con 54 metros de diámetro en el ruedo de la lidia, y con cabida para 12.500 espectadores; al estudiar los detalles del decorado, de sus tres pisos, con su doble muro de mampostería con zócalo, cadenas y coronamiento de sillería, con su soberbia entrada principal y sus seis pabellones secundarios, su preciosa galería corrida de aéreos arcos de hierro de los pisos principal y segundo, con sus curvos balconajes interiores; al ver la armoniosa distribución de los 5.000 metros lineales de asientos entre los tendidos, gradas, andanadas y palcos, con la bien entendida dotación de retretes y urinarios para ambos sexos en todos los pisos y pabellones, y con la cuerda previsión de facilitar la evacuación total en cuatro minutos mediante los ocho vomitorios y las siete salidas; al contemplar, en fin, el bien estudiado emplazamiento de la Plaza al final de la Glorieta, entre las carreteras de Valladolid y los Villares, con los consiguientes caminos de acceso para carruajes hermoseados con tres elegantes jardincillos con sus correspondientes kioscos, tuve ocasión de convencerme de que la elección de la Junta directiva había sido buena, y de que los señores Canals y Cardenera habían sabido responder con un proyecto original y grandioso, de elegante y armonioso conjunto, a la generosa iniciativa del comercio salmantino.

¿Qué quedaba? La ejecución mis-

